



THRIVE

SERIE DE GRUPO PEQUEÑO

Sesión 1 – Transforma tu naturaleza usando a Jesús como ejemplo

Hola, y bienvenidos a esta serie de grupos pequeños donde exploraremos THRIVE, que son las expectativas de los miembros de la INA EE. UU. La palabra inglesa *thrive* significa prosperar, desarrollarse vigorosamente, florecer. Ser un cristiano que prospera significa tener una fe y conexión fuertes con Dios, relaciones sanas con quienes te rodean, y una pasión por servir. Este verbo fue elegido como el acrónimo de nuestras declaraciones de expectativas específicas porque Dios quiere que prosperemos y crezcamos en nuestra relación continua y de por vida con Él. En Juan 10:10, Jesús dijo: «Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia».

Pero, ¿qué significa esto? A veces, puede parecer que una relación cada vez más profunda con Dios suena como algo teórico o abstracto. Tal vez queremos hacerlo, pero no sabemos qué hacer para prosperar. Es por eso que todas las declaraciones de expectativas que componen el acrónimo THRIVE son verbos: acciones que podemos y debemos tomar para prosperar en nuestro andar espiritual. Las frases son: *transforma tu naturaleza usando a Jesús como ejemplo, habla y anuncia el Evangelio, responde al llamado a servir, invierte en tu salud espiritual, valora a la iglesia, y espera en la promesa del retorno de Jesucristo*. Como puedes ver, no hay nada pasivo sobre ser un discípulo de Jesucristo.

En esta sesión, nos enfocaremos en la primera frase: «Transforma tu naturaleza usando a Jesús como ejemplo».

Jesús no es solo uno de los muchos ejemplos en los que debemos esforzarnos por modelar nuestras vidas: Él es EL ejemplo. Antes de Su llegada a la tierra, Dios hablaba con las personas a través de profetas y las Escrituras. Jesús no solo dice lo que Dios quiere que hagamos; Él lo demostró. Las características de Jesús que queremos modelar se pueden encontrar en Gálatas 5:22-23 como el fruto del Espíritu. Jesús exhibe perfectamente el amor, el gozo, la paz, la paciencia, la benignidad, la bondad, la fe, la mansedumbre y la templanza. En nuestras vidas, sin duda habrá situaciones en las que será común o incluso tentador, actuar o reaccionar con una emoción o comportamiento contrario al fruto del Espíritu. Pero, Jesús, como Dios verdadero y Hombre verdadero, demuestra que nosotros también podemos ejemplificar el fruto del Espíritu, y cuanto más lo representemos, más transformamos nuestra naturaleza.

Otro hermoso ejemplo que dio Jesús fue Su perdón total e incondicional. Uno de los casos más famosos en el que Jesús perdonó a otros fue cuando rogó al Padre que perdonara a las mismas personas que lo estaban matando. La reacción y el entendimiento humanos podrían ser buscar venganza, o tal vez difamar o calumniar a alguien con un rumor o una publicación negativa en redes sociales. Jesús ofreció el perdón incluso a los ofensores más viles. Independientemente de la magnitud de la ofensa que alguien pueda haber cometido contra nosotros, nuestra naturaleza se transforma más como la de Jesús cuando buscamos el perdón y la reconciliación, además de no guardar rencores y perdonar a quienes nos han ofendido o agraviado.

Emanar el fruto del Espíritu y ofrecer el perdón como Jesús lo hizo requiere concentración, fuerza y perseverancia, lo que nos lleva a otra manera en que podemos transformar nuestra naturaleza usando a Jesús como nuestro ejemplo. Queremos estar plenamente involucrados y presentes al celebrar la Santa Cena para que podamos maximizar el poder transformador del sacramento. Jesús les dijo a Sus discípulos en Juan 6:53: «De cierto, de cierto os digo: Si no coméis la carne del Hijo del Hombre, y bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros». No queremos cualquier vida en nosotros, ¡queremos Su vida! Dado que la Santa Cena es el único sacramento que celebramos periódicamente, podría ser fácil que se convierta en algo rutinario o que se sienta como algo mecánico. Es importante ser conscientes de lo que está sucediendo en estos momentos en que se celebra la Santa Cena. El Catecismo explica que: «A través de Su cuerpo y sangre (en la celebración de la Santa Cena), Cristo comparte Su naturaleza con el creyente, [una naturaleza que se distingue por la fuerza perfecta para vencer], de manera que el creyente vive en Cristo» (Catecismo INA 8.2.20).

Para que alguien pueda seguir completamente un ejemplo, debe saber lo que el ejemplo está demostrando y representando. Para que alguien sea discípulo de Jesucristo, debe saber lo que hizo. Debe saber lo que dijo. Aprendemos sobre la naturaleza y las características de Jesús a través de la palabra predicada en el servicio divino y del estudio de las Escrituras. Y, más que solo estudiar las acciones y las palabras, un discípulo debe

conocer el sentir de Cristo. El Apóstol Pablo les escribió a los filipenses: «*Haya en ustedes esta manera de pensar que hubo también en Cristo Jesús*» (Filipenses 2:5 RVA2015).

Cuando nos esforzamos por ejemplificar el fruto del Espíritu, que Jesús demostró perfectamente, cuando perdonamos plenamente y sin condiciones, como lo hizo Jesús, y cuando estamos involucrados y presentes para experimentar plenamente el poder transformador de celebrar la Santa Cena, estaremos mejor posicionados para la transformación continua de nuestra naturaleza como discípulos de Cristo.

Sesión 2 – Habla y anuncia el Evangelio

Bienvenidos a la segunda sesión, donde continuaremos profundizando en el acrónimo THRIVE. En esta sesión, exploraremos y hablaremos sobre el significado de la sigla «H» en el acrónimo, que significa «Habla y anuncia el Evangelio».

En Marcos 16:15, Jesús les da el siguiente mandato a Sus discípulos: «*Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura*». Aunque este mandato fue dirigido a los primeros discípulos de Jesús, aún se aplica a nosotros hoy en día. Como discípulos de Jesucristo y miembros de la Iglesia Nueva Apostólica, estamos llamados a ayudar a difundir el Evangelio. El inicio de la declaración de misión de nuestra Iglesia destaca que nuestro llamamiento es ir a todas las personas para enseñarles el Evangelio de Jesucristo.

Sin embargo, antes de que podamos compartir o anunciar el Evangelio, primero debemos tener un entendimiento sólido de lo que es. Entonces, ¿qué es exactamente el Evangelio?

La palabra «Evangelio» se traduce literalmente como «buenas nuevas». ¿Cuáles son las buenas nuevas? Pablo da una respuesta en 1 Corintios 15:1-4: «*Además os declaro, hermanos, el Evangelio que os he predicado, el cual también recibisteis, en el cual también perseveráis; por el cual, asimismo, si retenéis la palabra que os he predicado, sois salvos, si no creísteis en vano. Porque primeramente os he enseñado lo que asimismo recibí: Que Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras; y que fue sepultado, y que resucitó al tercer día, conforme a las Escrituras*». El Evangelio son las buenas nuevas de la vida de Jesús, Su muerte en sacrificio, Su resurrección y Su promesa de regresar, lo que resulta en nuestra esperanza por la vida eterna. Es el mensaje de la gracia, el amor y la reconciliación que Dios nos concede en Jesucristo (Catecismo INA P&R, pregunta 137). Juan 3:16 brinda un hermoso resumen del Evangelio: «*Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a Su Hijo unigénito, para que todo aquel que en Él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna*». Recientemente, el Apóstol Mayor Schneider también lo resumió con las palabras: «Dios ama a la humanidad». Las buenas nuevas incluyen, y están fundamentadas en, el amor de Dios por nosotros, que se muestra más claramente en el sacrificio de Jesucristo.

¿Qué debemos hacer entonces con estas buenas nuevas? ¡Ciertamente, son demasiado buenas para guardarlas para nosotros mismos! ¿Cómo podemos ayudar a anunciar el Evangelio?

Una manera fundamental de difundir el Evangelio es siendo discípulos de Cristo. Ser un discípulo de Cristo significa ser disciplinado en los caminos y enseñanzas de Jesucristo. Decidimos diariamente seguir a Jesucristo, y animamos a los demás a hacer lo mismo. Lo estudiamos. Nos familiarizamos cada vez más con la forma en cómo respondía a cosas como el odio, la injusticia y el sufrimiento. Tomamos muy en serio Sus palabras y enseñanzas, y buscamos imitar Su ejemplo en cada área de nuestras vidas. Vemos cómo siempre deseó ayudar y servir a los demás, y nosotros deseamos hacer lo mismo. Al ser disciplinados en Cristo, ayudamos a compartir Sus enseñanzas y ejemplo con el mundo. Su motivación de amor y paz se convierte en nuestra motivación.

Además de asegurarnos de que nuestras motivaciones están alineadas con las de Cristo, también ayudamos a anunciar el Evangelio a través de nuestra conducta e interacciones con los demás. La Biblia dice que hemos de ser la «fragancia de Cristo» (2 Corintios 2:15 NTV). ¿Emanamos a Jesucristo, hermanos y hermanas? ¿Pueden percibir los demás que tenemos una relación con Él? ¿Experimentan a Cristo a través de sus interacciones con nosotros? Cuando nos esforzamos por reflejar el amor de nuestro Salvador en lo que hacemos

y decimos, estamos compartiendo Su Evangelio con los demás, y ayudando a difundir las buenas nuevas de Su salvación y amor, porque nos interesamos genuinamente por quienes nos rodean.

Entonces, nuestras motivaciones deben ser correctas, nuestras acciones y conducta deben ser representativas de lo que Cristo haría, y la forma final que exploraremos sobre cómo podemos ayudar a anunciar el Evangelio es a través de nuestras palabras y simplemente al compartir con los demás cómo el plan de salvación de Dios nos ha impactado personalmente. Diles a los demás sobre la salvación que tienes en Cristo. ¿De qué manera ha cambiado tu vida? Cuéntales sobre las inmerecidas pero abundantes dádivas de gracia y misericordia que son nuevas cada mañana y cómo las has experimentado. Cuéntales sobre el inmenso e inquebrantable amor de Dios y de Su deseo de salvar a toda la humanidad. El poder de nuestras palabras y nuestro compartir no se pueden subestimar, especialmente en lo que se refiere al Evangelio de Jesucristo. No podremos explicarles a los demás por qué necesitan el mensaje del Evangelio si nosotros mismos no hemos reconocido nuestra dependencia de Jesucristo ni acogido la esperanza que Él nos ofrece.

Ciertamente, hay muchas otras formas en que podemos cumplir con nuestro llamamiento y mandato de Cristo de compartir estas buenas nuevas. En tu grupo pequeño, ánimo a conversar sobre otras formas en las que podemos ayudar a anunciar el Evangelio.

Compartamos siempre el sentimiento que Pablo expresó tan poderosamente en Romanos 1:16-17: *«Porque no me avergüenzo del Evangelio, porque es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree».*

Sesión 3 – Responde al llamado a servir

¡Bienvenidos nuevamente! Esta semana continuaremos explorando el acrónimo THRIVE, que describe las expectativas de nuestros miembros. Nuestro enfoque esta sesión es la «R», que significa: «Responde al llamado a servir».

Al reflexionar sobre Cristo —Su vida y enseñanzas, Su sacrificio en la cruz— vemos que todo regresa a Su amor por el Padre y a ser obediente a Su voluntad. Es por nuestro deseo de transformar nuestra naturaleza con Jesús como nuestro ejemplo, que todo lo que hacemos regresa a esto. Cuando Dios nos llama a servirnos unos a otros, respondemos a Su llamado por amor a Él.

¿Cómo es nuestra respuesta a este llamado?

Dios no nos hace resolver esto por nuestra cuenta. Él nos ha dado a cada uno de nosotros un set único de dones y habilidades para que podamos responder al llamado a servir. Pero este es solo un aspecto del propósito de estos dones. Como Pablo lo explica en Efesios 4, estos dones espirituales son *«a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo»* (Efesios 4:12-13). En última instancia, a medida que Dios nos conduce a la salvación, estamos llamados a servir y usar nuestros dones espirituales para darle gloria, madurar en Cristo, edificarnos mutuamente y experimentar la unidad entre todos los creyentes.

Al descubrir nuestros dones espirituales —lo que se puede hacer a través de nuestra experiencia de grupos pequeños: *«Dones espirituales: Descubriendo el propósito de Dios para ti»*—, tenemos entonces que utilizarlos. Podemos poner en práctica estos dones no solo en nuestras congregaciones, sino también en nuestras familias, profesiones y comunidades. Sin importar lo que implique el acto de servir, queremos continuar siendo buenos administradores de los dones que Dios nos ha dado, usándolos para Sus propósitos, no los nuestros.

Si aún no conoces tus dones espirituales, o no estás seguro de cómo ponerlos en práctica, podemos buscar en Jesús algunos ejemplos prácticos de cómo responder al llamado a servir. En una parábola que Jesús comparte con Sus discípulos, Él dijo: *«Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo. Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; fui forastero, y me recogisteis; estuve desnudo, y me cubristeis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel, y vinisteis a mí»*

(Mateo 25:34-36). Jesús es el punto focal de nuestro servir. Es por amor a Él que estamos inspirados a servir a los demás de las maneras mencionadas en Mateo 25: alimentar a quienes tienen hambre, ser bondadosos con los desconocidos y visitar a los enfermos y solitarios. Estos actos no requieren de una educación superior ni grandes ingresos. Simplemente estamos pasando tiempo con quienes Dios ha creado, cuidándolos y cubriendo sus necesidades básicas.

A medida que dedicamos más tiempo a servir a los demás, ya sea mediante el uso de nuestros dones espirituales o en otras capacidades, a menudo trabajaremos o veremos a otras personas haciendo lo mismo. En estos momentos, podemos responder a nuestro llamado a servir al reconocer y apreciar los dones que los demás tienen y utilizan.

Sus dones y talentos pueden ser diferentes a los nuestros, pero a través de esta diversidad, podemos ver cómo los creyentes pueden realmente trabajar juntos como un solo cuerpo. Pablo explica esto en 1 Corintios 12: «*Ahora bien, hay diversidad de dones, pero el Espíritu es el mismo. Y hay diversidad de ministerios, pero el Señor es el mismo. Y hay diversidad de operaciones, pero Dios, que hace todas las cosas en todos, es el mismo. Pero a cada uno le es dada la manifestación del Espíritu para provecho [...] Porque así como el cuerpo es uno, y tiene muchos miembros, pero todos los miembros del cuerpo, siendo muchos, son un solo cuerpo, así también Cristo*» (1 Corintios 12:4-7,12). Al reconocer los dones de los demás, tenemos una mejor comprensión del cuerpo como un todo. Podemos ver que cada miembro es valioso y que juntos estamos trabajando para la gloria de Dios.

Es el amor de Dios el que nos llama, y es nuestro amor por Él lo que nos motiva. Por el anhelo a cumplir Sus deseos, encontramos la inspiración para descubrir nuevas formas de corresponder Su amor y compartirlo con los demás al responder a Su llamado a servir.

Sesión 4 – Invierte en tu salud espiritual

¡Bienvenidos nuevamente! Esta semana examinaremos la letra «I» en THRIVE: «Invierte en tu salud espiritual».

Las definiciones de diccionario de la palabra «invertir» son un buen punto de partida para nuestra conversación sobre invertir en nuestra salud espiritual. Estas incluyen: un compromiso de dinero para obtener un rendimiento; un enfoque en beneficios futuros, e; involucrarse o comprometerse emocionalmente.

Algo fundamental para nuestra relación con el Señor es el compromiso que asumimos con Él, y que Él asume con nosotros, a través de los sacramentos. En nuestra relación con Dios, debemos estar dispuestos a involucrarnos con Él a un nivel más profundo.

Las relaciones se basan en la comunicación. Maravillosamente, somos conscientes de las «herramientas de comunicación» que existen para invertir en nuestra relación con el Señor. Estas incluyen las disciplinas espirituales, tales como la oración, el estudio de las Escrituras, y la asistencia a los servicios divinos.

Primero, consideremos la oración. Como leemos en Génesis 1:26, Dios creó a la humanidad a Su imagen. Esto significa que Él proveyó a los seres humanos capacidades únicas, incluyendo la capacidad de comunicarse. Aunque la Caída hizo imposible estar completamente con Dios —como Adán y Eva lo estuvieron en el jardín— el deseo de Dios de que las almas hablen con Él no cambió. La oración se ha convertido en un vehículo importante para que los seres humanos se comuniquen con Dios, y Él con ellos. En las relaciones humanas, es normal que estemos felices de escuchar sobre las vidas de quienes están cerca de nosotros. Cuando un niño expresa sus pensamientos y sentimientos, pueden «desahogarse» de aquello que es confuso o difícil de sobrellevar, y se abre una oportunidad para que los padres brinden orientación y consuelo a su hijo o hija. Es igual con nuestras oraciones. En Mateo 6:8, el Señor Jesús afirmó que: «[...] *vuestro Padre sabe de qué cosas tenéis necesidad, antes que vosotros le pidáis*». Dios no necesita que le enumeremos los detalles de nuestra vida. Pero al abrirnos a Él en oración, somos fortalecidos y consolados porque podemos «desahogarnos» con nuestro Padre todopoderoso y Él puede respondernos.

En Marcos 9:14-24, leemos sobre el hombre con el hijo epiléptico. Él tuvo una conversación con el Señor sobre la condición de su hijo. En respuesta a la declaración de Jesús sobre creer, el hombre respondió diciendo *«ayuda mi incredulidad»*. Esta conversación con el Señor lo llevó a reconocer algo que antes le era oculto: su fe necesitaba fortalecerse. Así puede ser en nuestras propias oraciones. Llevamos nuestras peticiones al Señor, y cuando permitimos que el Espíritu Santo esté activo, Él nos revela cosas de las que antes no éramos conscientes.

Ahora consideremos cómo leer la Biblia puede servir como una inversión en nuestra relación con Dios. Cuando alguien se enamora, cada nuevo detalle que pueda conocer sobre la otra persona es especial. Gran parte de la naturaleza de Dios se revela en las Escrituras, particularmente cuando leemos los Evangelios. Como cristianos, reconocemos que nos hemos comprometido a crecer en la naturaleza de Cristo. Cuando estamos verdaderamente enamorados de Él, aquello que nos ayuda a aprender más sobre la naturaleza de Jesús —Su forma de pensar, actuar y reaccionar— debe ser de gran interés para nosotros. Estudiar las Escrituras por nuestra cuenta, en conversaciones en grupos pequeños o con nuestra propia familia, sirve como una inversión en nuestra relación con Él.

Participar activamente en la experiencia del servicio divino puede servir como otra inversión importante en nuestra relación con el Señor. A través de la palabra, Él habla con nosotros. Esta comunicación puede, a veces, ser muy personal. Espero que cada uno de nosotros haya tenido la experiencia en un servicio divino donde el Señor haya hablado directamente contigo, atendiendo tu petición o necesidad secreta. Pero esto solo puede suceder cuando hemos invertido con anticipación, preparándonos para el servicio divino y presentando nuestra petición al Señor en oración. Cuando ponemos en práctica la palabra en nuestras vidas, podemos experimentar que somos cambiados, nos volvemos más como Cristo.

Hay otra manera en que nuestra asistencia a los servicios divinos puede tener un impacto positivo en nuestra salud espiritual. Cuando nos reunimos para el servicio divino, tenemos la oportunidad de observar el efecto de la palabra en el cuerpo de Cristo. En nuestros hermanos en la fe, podemos ver que el verdadero cambio es posible y que vale la pena permanecer fieles a nuestro compromiso con Dios. Cuando nos reunimos, también somos fortalecidos, apoyándonos unos a otros, como leemos en Efesios 4:16: *«Y por Cristo el cuerpo entero se ajusta y se liga bien mediante la unión entre sí de todas sus partes; y cuando cada parte funciona bien, todo va creciendo y edificándose en amor»* (DHH). Sin embargo, esto requiere una inversión. Debemos invertir humildad, reconociendo que necesitamos de la gracia tanto como cualquier otra persona, y que la gracia de Dios es una dádiva, no es algo que podamos ganar o merecer. Debemos invertir amor, esforzándonos por amar a las almas como Jesús lo hace, sin discriminar ni juzgar.

En conexión con nuestro cuerpo natural, podría decirse que la salud no es algo que se posea, más bien, es algo que se debe buscar constantemente. Lo mismo ocurre con nuestra salud espiritual. Como leemos en 1 Timoteo 4:8: *«Porque el ejercicio corporal para poco es provechoso, pero la piedad para todo aprovecha, pues tiene promesa de esta vida presente, y de la venidera»*. Debemos continuar invirtiendo en ella a través de una vida de oración activa, leyendo la Biblia con regularidad y participando en los servicios divinos.

Sesión 5 – Valora a la Iglesia

¡Bienvenidos! Hoy exploraremos como *prosperamos* al valorar a la Iglesia.

«Valorar», como verbo, significa considerar a alguien o algo beneficioso, estimar y apreciar. Suena obvio, pero para realmente valorar a la Iglesia, necesitamos reconocer y experimentar la Iglesia como algo valioso. Cuando reconocemos los tesoros que hemos recibido en la Iglesia —la enseñanza del Evangelio de Cristo, los sacramentos dispensados a través del ministerio de apóstol, una comunidad de creyentes donde tenemos la oportunidad de servir y recibir apoyo, nos sentimos humildemente agradecidos.

El entendimiento de «Valora a la Iglesia» nos apremia a responder. Valoramos a la Iglesia orando por la misión que Jesús le dio a la iglesia. Nos involucramos intencionalmente en la comunidad y contribuimos a ella. Y, valoramos a la Iglesia al dar en respuesta a y en acción de gracias por lo que Dios ha provisto.

¡Nuestro Dios es un Dios rico! Considera que Él es el Creador de todas las cosas, visibles e invisibles. Él es el Creador de la vida nueva y de un universo que existe perpetuamente. Él es eterno, está fuera del tiempo, el Alfa y la Omega. Y, ¡Él es amor!

Cuando respondemos con dar, con sincera humildad y gratitud, reconocemos que todo lo que tenemos es de Dios. A través de la adoración, llegamos continuamente a la comprensión de la expresión: *¡Cuán grande es Él!* ¿A qué nos motiva esto? Debemos hacer algo; queremos dar.

Muchas veces, nuestra primera reacción es medir nuestro dar en función de lo que de manera realista tenemos a nuestra disposición: tiempo, energía, dinero y recursos. Podría ser fácil caer en una actitud en la que pensamos que le estamos dando una cantidad considerable a Dios y que Su bendición nos debería ser otorgada en relación con lo que damos. Incluso podríamos pensar que hacemos más que otros en la congregación o en nuestra comunidad. ¿En serio?

Entonces regresamos a nuestros sentidos y nos damos cuenta de que Dios es rico y proporciona todo lo que Su creación requiere, abundante y eternamente. Lo que doy ni siquiera «mueve la aguja» de la abundancia de Dios. No puedo compararme con los demás para determinar si hacen menos o más que yo.

La perspectiva que debemos entender es que el dar transforma nuestra relación con Él: «mueve la aguja» ¡para mí! Damos con gozo, sin medida, lo que podamos, sin necesidad de reconocimiento, sin esperar algo a cambio. ¡Entendemos que no podemos negociar con el Todopoderoso con nuestro dar! Al dar y contribuir a la misión de la iglesia, me siento más parte del cuerpo de Cristo, más cerca en mi relación con Él, y reconozco que todo lo que tengo es por Su gracia.

Ahora quiero compartir una experiencia. Una vez hablé con un ministro que se preguntaba por «su falta de memoria». Dijo que los miembros siempre estaban contándole sobre experiencias especiales que él y su esposa habían compartido con ellos, y él no recordaba nada de ello. Ambos habían dado generosamente de lo que tenían para la gloria de Dios, sin llevar la cuenta, sin un libro de registro, solo un hermoso resultado del gozo de glorificar a Dios. Esto me recuerda a la parábola que Jesús contó donde los justos le preguntan al Señor: «¿Cuándo hicimos estas cosas para ti? ¿Cuándo te dimos alimento o bebida, o te acogimos?». Y Él les dijo: *«De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis»* (Mateo 25:40). Dar simplemente se había vuelto parte natural de sus vidas, parte de quienes eran. Es un hermoso ejemplo de transformación.

Podríamos pensar: «mis recursos son tan limitados y los de Dios son tan abundantes», ¿qué importa cuánto doy? Mi tiempo, energía, dinero y recursos son limitados comparados con lo que Dios tiene». Sin embargo, le importa a Dios, ¡y debería importarnos a nosotros también! Dios ve el corazón, lo cual vemos en la enseñanza de Jesús sobre la viuda pobre: *«[...] esta viuda pobre echó más que todos los que han echado en el arca; porque todos han echado de lo que les sobra; pero ésta, de su pobreza echó todo lo que tenía, todo su sustento»* (Marcos 12:43-44).

Debido a que Dios mira dentro de nuestros corazones, tal vez lo más importante no es cuánto das, sino lo que guardas. Naturalmente, esto no significa que demos todo lo que tenemos que Dios nos ha dado y vivamos en pobreza. Pero sí significa que evaluamos intencionalmente lo que estamos haciendo con lo que Dios nos ha dado. ¿Estamos siendo buenos administradores de Sus dádivas? Todos pueden ser un buen administrador de lo que Dios ha proporcionado, quienes tienen mucho y quienes tienen menos, jóvenes o viejos, sanos o no, fuertes o débiles.

Un cristiano vive una vida de generosidad, compartiendo con los demás y dando una parte de lo que Dios le ha dado de vuelta a Él en humilde agradecimiento, porque dar nos cambia.

Sesión 6 – Espera en la promesa del retorno de Jesucristo

Hemos llegado a nuestra última sesión sobre THRIVE, donde aprendimos que, como seguidores de Jesucristo, hemos sido llamados a prosperar, a crecer y desarrollarnos, a florecer. En esta sesión, nos enfocaremos en la última letra del acrónimo «E» que significa «Espera en la promesa del retorno de Jesucristo». ¿Cómo es que saber que Jesús cumplirá Su promesa de regresar impacta la manera en que vivimos cada día? ¿Cómo nos impulsa ese conocimiento a crecer, desarrollarnos y cumplir con nuestro llamamiento?

La promesa del retorno de Cristo siempre debe estar en nuestra mente porque cambia la manera en la que vivimos y abordamos las situaciones de la vida. Cuando Jesús les dijo a los discípulos sobre Su retorno en Juan 14, Él lo hizo para consolarlos y animarlos. Su promesa continúa haciendo lo mismo para Sus discípulos de hoy. Las palabras de Jesús en Juan 14:1-3 son: *«No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en mí. En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, yo os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros. Y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis»*. Después de que ascendió de regreso al Padre, los ángeles pronunciaron estas palabras: *«Varones galileos, ¿por qué estáis mirando al cielo? Este mismo Jesús, que ha sido tomado de vosotros al cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo»* (Hechos 1:11). Es tan cierto como que el sol sale cada mañana que Jesús regresará. Este conocimiento debe consolarnos durante los momentos más difíciles de la vida y aumentar nuestro gozo durante nuestros mejores días porque sabemos que una celebración más grande nos espera cuando veamos a nuestro Salvador cara a cara.

¿Cómo esperamos en la promesa del retorno de Jesucristo?

Primero, esperamos en la promesa de Su retorno preparándonos para ello ya hoy al aplicar el Evangelio en cada parte de nuestra vida. Eso significa que, en todos los lugares de nuestra vida, nos esforzamos por glorificar a Dios. Pasaremos la eternidad en la presencia de Dios, glorificándolo, y la mejor forma de prepararnos para esa eternidad es glorificándolo ya hoy en todo lo que decimos y hacemos. Podemos glorificarlo amando a los demás, amigos y enemigos, y al hacerlo, compartimos el amor del Señor. Eso significa que tenemos que estar dispuestos a renunciar a nuestros propios deseos para mostrar bondad y amor a alguien más para que pueda sentir el amor de Dios. ¿Lo glorificamos en nuestro trabajo diario, en nuestro matrimonio, en la crianza de nuestros hijos, en nuestras amistades, en nuestro tiempo libre, en nuestro cuidado mutuo? Esto no es algo fácil de hacer porque estamos en una batalla constante con nuestra vieja naturaleza, y glorificarlo en todo lo que hacemos significa que estamos dispuestos a rendir nuestra voluntad a la Suya en todo momento. Significa que nos enfocamos en amarlo sobre todas las cosas, que no permitimos que nada ni nadie tome Su lugar en nuestro corazón. Nuestro Dios es nuestra vida. Cuando lo aceptamos como el tesoro de nuestra vida, podemos glorificarlo.

El Evangelio es salvación para los que creen. Cuando el Evangelio se aplica en nuestra vida, nuestro enfoque de cada día cambia, al vivir conscientes del retorno del Señor. Como hijos de Dios, ya hoy percibimos los elementos de Su reino porque cuando estamos cerca de Jesús, estamos cerca de Su reino. Un día el reino vendrá en su plenitud. Hasta ese día, hemos de ser una prefiguración del reino, abriendo los ojos de los demás a la gloria de Dios.

Eso nos lleva a nuestra segunda manera de esperar en la promesa del retorno de Cristo, que es tener una mentalidad orientada a la eternidad, orientarnos al futuro y enfocarnos en Su promesa. El Apóstol Pablo se enfocó en lo que habría de suceder en el futuro a medida que avanzaba con su misión de compartir el Evangelio con los gentiles. En Filipenses 3:8-14, él escribe: *«Y ciertamente, aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo, y lo tengo por basura, para ganar a Cristo, y ser hallado en Él, no teniendo mi propia justicia, que es por la ley, sino la que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por la fe [...]»*. Haciendo una pausa aquí por un momento, quisiera subrayar lo que Pablo está diciendo sobre la fe. Reconociendo que su propia justicia no puede hacerle ganar la salvación, se entrega a la fe en Jesucristo, que le ha sido dada para que la justicia de Cristo se convirtiera en la suya. Solo después de que la justicia de Cristo haya sido compartida con nosotros por medio de la fe, se podrá abrir para nosotros el camino a Su reino eterno. Pablo entonces continúa: *«a fin de conocerle, y el poder de Su resurrección, y la participación de Sus padecimientos, llegando a ser semejante a Él en Su muerte, si en alguna manera llegase a la resurrección de entre los muertos. No que lo haya alcanzado ya, ni que ya sea*

perfecto; sino que prosigo, por ver si logro asir aquello para lo cual fui también asido por Cristo Jesús. Hermanos, yo mismo no pretendo haberlo ya alcanzado; pero una cosa hago: olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante, prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús». ¿Cómo es que Pablo se enfocó en el futuro? Él prosiguió con el deseo de conocer a Jesús y el poder de Su resurrección, de compartir Sus sufrimientos, y llegar a ser como Él, esperando alcanzar una resurrección como la Suya. Hizo esto al olvidarse de las cosas que no serían de ayuda en esta búsqueda, y fue en busca del conocimiento de Dios. Él estaba constantemente avanzando, prosiguiendo hacia la meta, el premio del supremo llamamiento de Dios. Pablo era consciente de que se estaba acercando a la línea de meta, y al igual que un corredor en una carrera, se inclinó hacia adelante con el ferviente deseo de asir el premio. Él, como nosotros, no se topó por casualidad con este camino: ¡todos estamos llamados a él! Por lo tanto, se vuelve nuestro gozo diario cumplir la voluntad de Dios y asir el premio: glorificar a Dios en Su reino por toda la eternidad.

Prosperamos cuando seguimos adelante y mantenemos nuestra mirada en la meta que tenemos ante nosotros. Nuestro futuro impulsa nuestra vida y nos llena de gran gozo porque sabemos que nuestro llamamiento es de Dios y que es irrevocable (Romanos 11:29).